

El Cura y la Opera



En una de esas mañanas frescas, nubladas y melancólicas del fin del mes de Mayo, se paseaban dos personajes por las orillas del Támesis, frente al pintoresco pueblo de Richmond.

El uno era un hombre de estatura mediana, grueso de los hombros al estómago, y delgado de los muslos al tobillo; pero su fisonomía era extremadamente amable, modesta y regular, y su tez tersa y encarnada, á pesar de los cincuenta años que representaba. Vestía una levita negra, que abotonada desde el cuello, le bajaba hasta los talones, formando una especie de sotana. Un pantalón estrecho, también negro, una corbata blanca, y un alto sombrero opaco, un paraguas de género de algodón debajo del brazo izquierdo, y un libro con cantos dorados en la mano derecha, formaban el equipo completo de nuestro personaje.

El otro era un joven como de veinticuatro años, robusto, de grandes ojos azules, de labios gruesos y encarnados, que siempre dejaban ver dos hileras de dientes blancos. Su fino cabello castaño le caía detrás de las orejas, y le cubría casi enteramente el cuello de un saco gris que le bajaba hasta la rodilla. El resto de su vestido era como el de la mayor parte de los ingleses de la clase media, es decir, de color obscuro de una hechura pésima y de un aseo infinito.

El anciano era el pastor, ó como diríamos nosotros, el cura de una pequeña feligresía inmediata á Liverpool. Se llamaba el doctor Parson.

El otro era organista de la capilla, y se llamaba Tomás.

—Siempre que el cardenal Wiseman me llama á Londres para encargarme alguna comisión, se lo agradezco en el fondo del alma, dijo el cura.

—Lo creo, contestó Tomás, porque eso de visitar esta gran ciudad, y pasear por las calles del Regente, y

—No, no es por eso, sino por gozar del espectáculo encantador, y siempre nuevo é interesante, que presenta Richmond. Además, yo viví en mi infancia allí en aquella calle, y todas las tardes venía con mi aya á estas orillas . . . la diferencia que encuentro de entonces á ahora, es que el río me parece más cristalino y más poblado

de cisnes, el césped más fino y más espeso, y los árboles más copados y frondosos: tampoco había esta casa de campo, ni aquel hotel, ni ese castillo que se divisa entre las copas de los castaños, ni el puente . . . ; oh! también hace veinticuatro años que no venía yo.

En efecto, el río Támesis, turbio y cenagoso por enfrente de Londres, acaricia con las dulces olas de sus aguas claras y transparentes, las orillas variadas del pueblo que, en la época en que vamos hablando, había ya cubierto la primavera de una alfombra de un verde espléndido. Los grupos de árboles formaban esparcidos, á ciertas distancias, unos pabellones donde circulaba un ambiente fresco y perfumado, y las vidrieras de las ventanas góticas é italianas, y las almenas de los castillos y casas de campo, se desprendían por encima de las copas de los árboles, blancas y resplandecientes, con algunos rayos del sol que hendían las nubes que volaban sobre la campiña.

—Tiene Vd. razón, respondió el organista, esto es muy hermoso; pero hay todavía otras cosas más dignas de verse en Londres, que el parque de Richmond; por ejemplo, el castillo de Windsor, el Museo Real, la ópera

—Sí, sí, la música es muy hermosa. En el templo mismo, la música predispone y ayuda á la meditación; pero en cuanto á la

ópera, eso ya es otra cosa, dijo el cura meneando la cabeza.

—Es decir, señor cura, le dijo el organista, que nunca ha oído Vd. una ópera?

—Y cómo que sí, contestó el cura: hace cosa de veinte años que oí á la Catalani. Se llamaba Angélica, y por cierto que tenía una voz de ángel. Todavía tengo aquí en los oídos los dulces gorgoros de esa mujer, más suaves que los de los pajarillos que nos cantan en la capilla cuando digo misa, á la hora del alba.

—Pues, señor cura, si Vd. me da licencia, me quedaré dos ó tres días en Lóndres, resuelto á gastar en la galería del teatro de la Reina, mis diez chelines cada noche, por oír á Madama Sontag y á Mademoiselle Cruvelli, y á Lablache y á Ronconi. Una vez gastados mis veinte chelines, tomo el camino de fierro, y el domingo me tiene vd. muy temprano delante del órgano, procurando recordar á lo divino, algo de lo que haya oído.

—Dicen los periódicos tanto de la Sontag y de la Cruvelli, repuso el cura, que sin duda el diablo me ha puesto la tentación de hacer un disparate, y... pero no, repito que no pasa de tentación. En cuanto á tí, como sé que eres idólatra de la música, puedes quedarte toda la semana en Londres, asistir á cuantas óperas quieras, con tal que estés en la capilla el domingo á la ho-

ra del servicio divino. ¡Eh! justamente va á dar la hora, continuó sacando el reloj, y será bueno acercarnos á la estación del camino de fierro, ó al despacho de los ómnibus. A medio día salgo de Londres, y á la tarde estaré ya descansando en el curato.

—Precisamente, señor cura, quería yo pedir á Vd. un gran favor.

—No asistir el domingo á la iglesia, no es verdad? Pues bien; eso no puede ser. Yo no estoy autorizado para proteger la ociosidad á costa del culto....

—No era eso, señor cura.

—Pues, entonces?

—Lo que yo quería, era que me acompañase Vd. una noche á la ópera.

—Estás loco? dijo el cura, encarándose con el organista y arrugando el ceño.

—Era por cariño á Vd. respondió Tomás bajando los ojos.

—Bien, bien, yo te lo agradezco hijo mío, repuso el cura con una voz suave; pero no puede ser.....

—¿Por qué? preguntó tímidamente Tomás.

—Voy á explicarte. En primer lugar, las dos ó tres libras esterlinas que yo gaste en la diversión, las defraudo á los pobres. En segundo, desatiendo mis obligaciones. En tercero, la ópera, al fin es una diversión profana. Si se tratara de música solamente, pase.....yo adoro la música, como ado-

ro todas las maravillas de la naturaleza, que son obras de Dios; pero luego las bailarinas hacen tales gestos, tales ademanes, tales contorsiones, que en verdad, Tomás, eso no conviene á un pastor que tiene necesidad de dar ejemplo á sus ovejas.

—Voy en un momento á allanar todos los obstáculos, si no son más que eso señor cura, dijo el organista muy contento. En cuanto al dinero, no hay que apurarse: yo pagaré la entrada.

El cura miró á Tomás, dándole las gracias más expresivas con los ojos.

—En cuanto á la falta en el curato, un día, dos días, tres días, no son nada, continuó el organista. Respecto al baile, la cosa más fácil es salirse al pórtico á fumar, y volver á entrar cuando se haya acabado. Así, el señor cura no hará mas que oír la música, y nada más que la música.

En esta conversación nuestros dos personajes atravesaron algunas calles de Richmond, y llegaron á una esquina donde estaba el despacho de la línea de ómnibus. Uno de estos carruajes acababa de salir, y otro estaba tan próximo á llegar, que se oía el ruido que hacían sus ruedas en el empedrado de las calles.

Cinco minutos después, el ómnibus se presentó en la calle principal, lleno de gente, tanto dentro, como en el techo.

El cura y el organista se dispusieron á

tomar, para el regreso á Lóndres, los mejores asientos, y para eso se colocaron en la portezuela del carruaje, dando atentamente la mano, como es costumbre en Inglaterra, á todas las señoras que bajaban.

El cura maquinalmente tendía su mano á las hermosas viajeras, y ni levantaba los ojos para mirarlas. Era un hombre anciano, y además virtuoso y casto. El organista, al disimulo, dió un tirón á la levita del párroco: este volvió la cara.

—La señora á quién va Vd. á dar la mano, es Madama Sontag, le dijo el organista en el oído.

El cura retrocedió medio paso; mas por no parecer desatento, volvió á su puesto.

Una señora, con un gracioso y pequeño sombrero de paja de Italia, adornado con unos ramitos de verbena, un chal tibio y voluptuoso de cachemira, y un vestido de "moirée" negro, se levantó del asiento que ocupaba en el ómnibus, y recogiendo y levantando su vestido con la mano izquierda, se adelantó en dos pequeños y graciosos pasos hacia la portezuela, y presentó al cura la mano derecha, pequeña, pulida y blanca, y afortunadamente en ese momento, sin la eterna cubierta de cabritilla que la maldécida moda ha inventado para tormento de los que saben dar valor y mérito á unos dedos redondos y á unas uñas de marfil y rosa.

El cura tomó aquella mano que se le presentaba, y por no caer en la tentación de ver un pie pequeño, y calzado con un botín de raso café, levantó la vista, y se encontró con unos ojos azules y apacibles, y una boca que se entreabrió graciosamente, para decir en un buen inglés: "mil gracias, caballero."

Esta amable y graciosa dama, era Enriqueta Sontag. Detrás de ella bajaron dos ó tres caballeros. Uno de ellos la tomó del brazo, y echaron todos á andar, dirigiéndose á las orillas del río.

En cuanto al cura, tomó el mejor lugar del ómnibus, y á cabo de dos horas estaba en la estación del camino de fierro, y en la tarde cosa de las seis entraba á su curato.

El organista se quedó en Londres, se paseó por la calle del Regente toda la tarde, y en la noche, indeciso entre Mario y Tamberlick; entre Julia Grissi y Enriqueta Sontag, entre el teatro de la Reina y el de Covent Garden, se encontró con un antiguo camarada de colegio, y convinieron en tomar bofetos para los dos teatros, y asistir cada uno á la mitad de la representación. Al cabo de tres días, el organista regresó perfectamente tranquilo á su pueblo, decidido á tocar en la primera oportunidad, la marcha del Profeta ó la cavatina de la Linda de Chamounix.

No sucedió igual cosa al cura. La voz amable y fina con que le había dado las gracias Enriqueta, sonaba todavía en sus oídos, y su fisonomía expresiva y dulce se le presentaba en la imaginación, ya clara y distinta, ya confusa y borrada, como sucede siempre que se ha visto rápidamente una sola vez á algún personaje interesante.

El cura, á pesar de ser inglés, era un hombre entusiasta por la música. Sus economías las había dedicado á la compra de un magnífico órgano, y la primera partida del presupuesto de los gastos del curato, era la del sueldo del hábil Tomás, con quien hemos hecho ya conocimiento: así, desde que se despertó en su alma el deseo de oír una ópera, después de veinte años de soledad y de retiro completo de todas las diversiones, desde que por una inesperada casualidad dió la mano para bajar del coche á Enriqueta, que entonces volvía llena de fama al mundo artístico, perdió aquella tranquilidad y calma de que habitualmente había disfrutado.

Todos los días, así que concluía sus ocupaciones religiosas y que se encerraba en su habitación á leer ó á descansar, el pensamiento de la ópera venía á fijarse en su cabeza con tal tenacidad, que necesitaba de toda la energía de su voluntad para des-
echarlo. Tomás, como un diablillo filar-

mónico, venía de vez en cuando á renovar la atención, y á excitar al buen anciano á que prevaricara, y se dejase arrastrar de esa inclinación irresistible á la música.

Pasaron así algunas semanas, y se acercaba el fin de la temporada de la ópera, que en Londres comienza en principios de Mayo, y concluye en Julio, ó cuando más tarde en fines de Agosto.

El cura no pudo resistir, y celebró con su conciencia una capitulación, por la cual quedó arreglado: primero, que para no distraer una suma considerable de los objetos de caridad y del culto (en los cuales hemos dicho empleaba todos los productos de la parroquia,) los gastos se harían con la mayor economía; segundo, que solamente asistiría á tres óperas, procurando oír en una á Enriqueta Sontag, en otra á Sofia Cruvelli, y en la última á Julia Grissi y á Mario; tercero, que buscaría un asiento cercano á la puerta, para salirse á la hora del baile, pues su intención era oír la música, y nada más que la música, y se supone, los trinos y gorjeos y "florituri" de las "primas donnas;" cuarto y último, que á su regreso al curato, establecería nuevas economías, hasta reponer los gastos que erogase en esta expedición filarmónica.

Firme ya en su resolución, dispuso sus cosas, de manera que su presencia no hi-

ciese falta en el curato durante cinco días; comunicó su resolución bajo el más estricto sigilo al organista Tomás, el cual estuvo á punto de saltar de alegría y abrazar al eclesiástico.

El diablo de la fíarmonía había triunfado. Nuestro doctor tomó su asiento en el camino de fierro á medio día, calculando llegar á Londres antes de las seis de la tarde, evitando con esto el gasto de la comida en la metrópoli.

En efecto, con la puntualidad y exactitud acostumbrada en los ferrocarriles, el tren llegó á la estación del Puente de Londres á las seis menos veinte minutos. El cura salió inmediatamente del coche con su pequeño saco de viaje en la mano, alzó la cara para ver en el reloj del despacho la hora que era, y llevando adelante su sistema de economía pensó que podía borrar perfectamente los dos ó tres chelines del "cab" (1) con sólo andar un poco aprisa.

De la estación del Puente de Londres al teatro Real, había cosa de seis ó siete millas: así, el cura tenía que correr por lo menos dos leguas antes de que diesen las siete de la noche, hora en que comienza la ópera; mas como era hombre fuerte y acostumbrado al ejercicio, en un momento atravesó las espaciosas y eternas calles de

(1) Coches pequeños de alquiler de dos ó cuatro asientos.

altísimas casas de ladrillo que están del otro lado del Támesis, y en breve pasó el mágico puente, y se halló en el laberinto de la antigua "City." Allí, algo fatigado, le pareció prudente tomar un asiento en un omnibus, y por seis peniques (un real), antes de las siete se encontró salvo y sano en el Circo del Regente.

Dirigióse á un hotel pequeño y barato, donde había parado en el viaje anterior, dejó su equipaje, se quitó el polvo del camino, y se dirigió al teatro de la Reina alborotado y ufano como un niño.

En la puerta leyó el anuncio. Se representaba esa noche el "Barbero de Sevilla;" en seguida un acto de Hernani, y un ballet titulado: "El Diablo á cuatro." El precio de cada luneta era de una libra esterlina (cinco pesos.)

El cura hizo un gesto.

—Mejor sería, dijo, que el precio fuera de media libra, y suprimieran ese horrible baile, que con razón lleva el nombre cuatuplicado de Satanás.

Mas como había venido expresamente á la ópera, y quería asistir á la representación en un lugar cómodo y cercano, no había medio de retroceder. Dirigióse á la silla.

—Caballero, dijo metiendo con los dedos una libra esterlina por el boquete del despacho, hágame vd. favor de darme un bi-

llete de patio, lo más cercano que sea posible á la orquesta.

—No hay ya lunetas, se han acabado, pero podrá vd. encontrar billete en algunas de las librerías de la calle del Regente.

—Pues entonces deme vd. un billete de palco.

El encargado del despacho de boletos soltó un carcajada.

—¿Por qué se ríe vd? preguntó el cura algo amostazado; yo pago mi dinero y tengo "derecho" de pedir el lugar que me agrade.

Es sabido que los ingleses, aun en las cosas más insignificantes, apelan al mote de sus armas "Dios y mi derecho."

—Es que todos los palcos están tomados por la nobleza durante la estación, contestó el hombre del despacho, pero, en fin, si quiere vd. "pit seats" (1) le daré un boleto, pero como el teatro está lleno de gente, tendrá vd. que estar en pie toda la noche.

El cura, que estaba muy cansado, no acabó de escuchar la proposición, y se dirigió á una librería.

—¿Me hace vd. favor de un boleto de luneta? dijo al librero, volviendo á tomar su libra esterlina en los dos dedos.

—Con mucho gusto, respondió el libre-

(1) El "pit seats" es una especie de mosquete, donde unos están de pie y otros en asientos sumamente estrechos é incómodos. Sin embargo, cada localidad de esas vale cosa de veinte reales.

ro. Aquí tiene vd. el mejor asiento del teatro, pero vale tres libras.

—¡Tres libras! dijo el cura abriendo los ojos.

—Tres libras caballero. Esta noche canta la Sontag las variaciones de Rhode, y los asientos son muy caros.

El cura se tocó ligeramente el sombrero, y salió de la librería para entrar en otra.

—No, decía, de ninguna suerte daré yo tres libras; eso sí sería un verdadero pecado mortal. En fin, veremos si algún otro librero es más racional.

El cura recorrió tres librerías, y en todas el precio de los billetes era el mismo. Por fin, hubo un librero más humano, que le vendió un billete por dos libras (diez pesos.) El cura dió con una repugnancia visible sus dos monedas de oro, pero hemos dicho que todo esto era una tentación del diablo, y el eclesiástico caminaba, al menos así lo creía él, por una pendiente rápida á su perdición.

Entre alegre y reflexivo, se dirigió de nuevo al teatro de la Reina. Habían ya dado las siete, y tenía el sentimiento de pensar, que después de haber pagado dos libras por el asiento, sólo gozaría de las cuatro quintas partes de la representación. En consecuencia de esto, apresuró el paso, entró en el vestíbulo, atravesó dos salones, y

por fin se vió delante de dos graves personajes vestidos de negro, que estaban en la puerta del patio encargados de recoger los boletos.

El cura entregó el suyo con una especie de orgullo. Le había costado dos libras, y el eclesiástico se figuraba que esto había de ser un motivo de consideración.

Uno de los dependientes tomó en efecto el billete, le hizo señal de que entrase, pero apenas había avanzado tres pasos, y comenzaba á divisar, con el arrobamiento de un chiquillo, el foro espléndidamente iluminado, y lleno de majos andaluces, cuando fué detenido por el hombro.

—Caballero, si á vd. le agrada, me hará favor de salir, le dijo uno de los dependientes.

—¿Salir yo? dijo el cura sin quitar la vista del foro.

—Sí, salir inmediatamente.

—¿Y por qué?

—Porque se ha puesto vd. una levita, sin d:da por equivocación.

—No, caballero, no me he equivocado, es mi traje habitual, pero no me importune vd., y déjeme ver si consigo llegar á mi asiento, porque parece que...

—Formalmente, caballero, vd. no puede entrar interrumpió el dependiente.

—¿Cómo que no puedo? contestó el cura avanzando.

—Que no puedo permitirlo, dijo el dependiente poniéndose delante del cura é interrumpiéndole el paso.

—¿Querrá vd. explicarse? dijo el eclesiástico algo molestado.

—Lo he dicho ya, caballero, vd. viene con levita y al teatro de la Reina nadie entra sino de frac.

El cura comenzó á comprender la extensión de su falta, y más que todo los inconvenientes á que están expuestos los forasteros que vienen á la corte.

—Caballero, dijo el cura enteramente calmado y con la voz más dulce que pudo, reflexione vd. que yo vengo desde Liverpool, con el único objeto de asistir una ó dos noches á la ópera; no tengo ni equipaje, ni conocimiento en Londres....

—Lo siento mucho, dijo el cobrador secamente, pero la etiqueta es muy rigurosa. Busque vd. un frac.

Al decir estas últimas palabras, volvió la espalda, y continuó ocupándose, no sólo en recoger los boletos de los que entraban, sino en echar una mirada inteligente y escrutadora sobre los trajes de los concurrentes.

El cura dió la vuelta, y con la vergüenza en el rostro y el duelo en el corazón, se retiró lentamente; dió dos ó tres paseos por el pórtico, reflexionando en la gravedad de su situación, y después se dirigió á la libre-

ría donde había pagado las dos libras esterlinas por su billete.

—Caballero, dijo, yo no puedo entrar á la ópera.

—¿Por qué razón? preguntó el librero.

—Porque tengo levita.

—¡Ah! precisamente es motivo muy poderoso.

—¿Entonces?....

—La cosa es muy sencilla, póngase vd. un frac.

—No es eso, sino que no necesito del billete, porque he venido desde Liverpool sin equipaje, y no tengo frac.

—El caso es muy desagradable, interrumpió el librero.

—Pero vd. tendrá la bondad de volverme mis dos libras, y tomar su boleto.

—¡Imposible! La ópera ha comenzado, y los billetes á estas horas no valdrán más que tres ó cuatro chelines (un peso.)

—Buenas noches, dijo el cura saliendo de la librería lleno de enfado.

—Buenas noches, contestó el librero, continuando tranquilamente la lectura de un gran volumen.

—¡Oh! esta gente de Londres, exclamó el cura al salir, esta gente de Londres no conoce más que el interés y el egoísmo. Comienzo á comprender que en efecto he cometido una grave falta, y que estas contrariedades, pequeñas en circunstancias ordi-

narias, en mi caso debo reconocer que son lecciones de la Providencia. ¡Eh! no pensemos más en la ópera: compraré algunas frioleras que necesito, me acostaré á buena hora, dormiré tranquilamente, y mañana, en el tren de las seis, marcharé á mi curato, curado ya, á Dios gracias, de este deseo inmoderado de espectáculos y diversiones.

Dirigióse á una tienda donde vendían cajitas de cerillos y de ob'leas, papel, lacre, plumas y otros objetos de que tenía necesidad: el despacho de la tienda estaba confiado á dos guapas muchachas, llenas de amabilidad y de atenciones para con los parroquianos.

Luego que entró nuestro personaje, é indicó lo que deseaba, pusieron delante del mostrador la mitad del almacén. El cura tomó lo que necesitaba, y al salir quiso probar fortuna, y hacer el último esfuerzo para recobrar una parte siquiera de sus dos libras empleadas en el boleto.

—Señoritas, les dijo como esta tienda está muy cerca del teatro de la Reina, y todavía no irá muy adelantada la representación, creo que les sería á vdes. muy fácil encargarse de la venta de un billete de la ópera.

—Con mucho gusto, caballero contestó una de las muchachas, pero advertiré á vd. que una vez comenzada la representación,

los boletos bajan enormemente de precio. Además, como los librereros son los que hacen el monopolio de las entradas de los teatros, será muy aventurado que se venda esta noche. Sin embargo, tendremos un placer en encargarnos de esta comisión.

—Caballero, interrumpió la otra muchacha, ¿me disimulará vd. que le haga una pregunta?

—Puede vd. preguntarme cuanto guste, señorita.

—¿No le gusta á vd. la música?

El cura suspiró profundamente.

—Entonces, ¿por qué quiere vd. vender su billete?

—Diré á vd. la verdad: precisamente porque la música es quizá la única pasión que tengo, al cabo de mis años he venido á Londres, pero tuve la indiscreción ó el olvido, de no traer un frac, y esas gentes no me han dejado entrar, ó más claro, me han echado fuera después de haber entrado.

—¿Y no es más que eso?

—En verdad, es el único motivo porque no he asistido á la ópera.

—Me ocurre una idea, caballero, y si vd. consiente en ella, no perderá su libra esterlina.

—¡Dos libras! contestó el cura.

—¡Dos libras! repitió la muchacha. ¡Dos libras esterlinas gastadas, y no ir á la ópera! Decididamente no permiteremos eso. Tenga vd. la bondad de pasar caballero.

El cura no adivinaba el plan que pensaban seguir las muchachas, pero como una de ellas abrió la puerta del mostrador, y le hizo una graciosa cortesía, entró maquinalmente á una pequeña trastienda.

Las dos muchachas se hablaron en secreto una de ellas se quedó en el despacho, y la otra abrió una vidriera, sacó una cajita, y se metió á la trastienda.

—Tendrá vd. la complacencia de desahotonarse la levita?

El cura vacilaba.

—Se lo suplico á vd., insistió la muchacha.

El cura obedeció.

Durante cinco ó seis minutos, la muchacha, ya en pie, ya de rodillas, estuvo arreglando la levita; concluída la operación, tomó en la mano una luz y llevó á nuestro personaje delante de un espejo. ¿Que tal? le preguntó.

—¡Soberbio!; magnífico! exclamó el cura. Jamás había creído que vdes. iban á hacer tal cosa. Gracias, muchachas, gracias.

El cura, en efecto, se veía y se volvió á ver, y cada vez parecía más satisfecho.

La muchacha, con el único auxilio de algunos alfileres, había convertido en un momento la levita en un elegante frac, que podría haber servido de modelo al mismo "Frecman," sastre del príncipe Alberto.

—Ahora, caballero, no hay que perder tiempo, dijeron las muchachas.

El cura les dió de nuevo las gracias, y marchó al teatro de la Reina, con la cabeza alta y el paso majestuoso, para imponer á los cobradores de boletos, pero mortificado en el fondo, de haber recurrido á una inocente superchería.

—He aquí, decía, cómo de una falta se va insensiblemente á otra, y de esta á excesos mayores.

Llegó á la puerta, entregó su boleto, y notó que los dos cobradores le fijaron mucho la atención.

Procuró disimular, y continuó avanzando en el tránsito.

—Caballero, vd. no puede entrar á la ópera, le dijo uno de los cobradores.

—Que no puedo entrar, ¿y por qué?

—Porque trae vd. levita.

—¿Yo levita? dijo el cura recorriéndose rápidamente con la vista para ver si por casualidad se le habían caído los alfileres.

—Sí, insisto en que trae vd. levita, y si vd. me permite. . . .

En un abrir y cerrar de ojos, el cobrador quitó cuatro ó cinco alfileres, y cayeron majestuosamente los dos grandes falzones de la levita.

El cura creyó que lo ahogaba la sangre, y que el pavimento se hundía debajo de sus pies. Pasado un momento retrocedió, diciendo á los cobradores con un acento decidido: